

# Los niños

## *Los niños, las guerras y la perversión adulta*

*Angel Rodríguez Kauth*

### *Resumen*

*En el presente artículo, el destacado académico argentino Ángel Rodríguez Kauth, realiza un análisis riguroso sobre el clima de violencia que rodea a los niños en la actualidad, ocasionado por los adultos. De esta manera, este trabajo expone algunos datos estadísticos de una realidad muchas veces más cruel y pavorosa que las presentadas por las agencias de noticias encargadas de su difusión.*

Palabras Claves: Niños – Guerra – Perversión Adulta – Sufrimiento.

### *Summary*

*The following article the outstanding argentinian academic Angel Rodríguez Kauth presents a strict analysis about violence and war which is shown in our society in children and caused by adults. This contribution presents some statistical antecedents of a cruel and frightful reality presented many times in the newscast for being spread.*

Key words: Children – War – Sexual Perversion – Punishment

El premio Nobel Alternativo de Economía<sup>1</sup> M. Max-Neef -otorgado en 1983- señaló sin preocupaciones por el decoro frente a sus lectores que: “Una de las situaciones más trágicas, por las que la humanidad en su conjunto debe sentir tanto dolor como vergüenza, es que hemos construido un mundo... en el que la mayoría de los pobres son niños/as y, lo que es más grave, es que la mayoría de los niños son pobres” (1991). Letras más, letras menos, sus palabras son un perfecto reflejo -y descripción- de la realidad, mal que les pese a muchos y que les duela a unos pocos.

No son muchas las personas con la sensibilidad suficiente como para percibir el malestar por el que atraviesa la infancia contemporánea. Para algunos analistas, esto obedece a que no es fácil de aprehender tal situación, pero, personalmente, opino que tal argumento es una forma de fácil “escapismo” ante la realidad y que el hecho de la dificultad por percibir el malestar que aqueja a los menores se produce porque a todos nos “duele” que ocurran tales episodios y una manera de evitar el “dolor” es negando la realidad que nos acompaña, es decir, mirando para otro lado.

Es verdad, a algunos les “duele” de verdad y a otros -sobre todo los que tienen responsabilidades públicas- hacen como que les “duele”, en un gesto hipócrita que los releva de toda otra expresión (Rodríguez Kauth, 1993), para desentenderse de la responsabilidad que les cabe por una situación que humanitariamente no puede menos que ser explicada.

En algunas oportunidades se atenta contra los derechos más básicos de los niños y jóvenes<sup>2</sup>, por acción, las más de las veces, por omisión. Mientras que en otras ocasiones son vulnerados en sus derechos por “rebote”, es decir, por acciones que no van directamente contra ellos, sino que atentan contra la humanidad toda, incluyendo los niños, con es el caso del crimen de la guerra (Alberdi, 1870). Entiendo que para la situación particular de los niños/as que viven bajo condiciones de guerra, el mayor derecho que se les viola es el “de no ser adultos precoces”, cosa que -como se verá más adelante- pareciera ser un común denominador para todos estos crímenes, tengan lugar donde sea y estén sustentados sus protagonistas adultos sobre los más nobles y caros principios.

Quizás, la actualidad finisecular donde se impuso por decreto el *fin de las ideologías* (Fukuyama, 1990), derrotero por el que transitamos con sus concomitantes características económicas, políticas y sociales de desarrollo hegemónico basado en el crecimiento de las variables macroeconómicas y de la acumulación de bienes a cualquier costo social y ecológico, sea un fenómeno que esté haciendo agua por todas partes. En consecuencia, las actuales expresiones del subdesarrollo y sus secuelas no deseadas, las que el modelo neoliberal

---

<sup>1</sup> El Premio Nóbel Alternativo lo otorga la fundación instituida y presidida por Jacob von Uexkull, y son entregados en el parlamento sueco el día anterior a la entrega de los tradicionales Premio Nobel. Debo hacer esta acotación debido a que la “gran prensa” no le presta mayor atención a este episodio “alternativo” que se preocupa por distinguir a aquellos que no transitan por los carriles normativos de lo “sensacional”.

<sup>2</sup> Que, en definitiva, no deben ser tratados como tales, lo mejor es tratarlos como personas, para no discriminarlos ni hacerlos pacientes de un tratamiento preferencial ni atípico, que los haga sentir como seres que -por su excepcionalidad- deben ser discriminados.

estaba llamado a sostener bajo penumbras con las fabulosas ganancias que el mismo aportaría a sus vencedores, parecen indesmentibles cuando vemos que los efectos de estas experiencias van haciéndose cada vez más notables y evidentes.

Es dentro de este marco en que se instalan las guerras contemporáneas, conflictos bélicos en los cuales los bandos en disputa no logran delimitar el número de *pérdidas* -o de víctimas-<sup>3</sup>, en que la población civil se ve afectada por las matanzas y mutilaciones de las minas antipersonales, de los bombardeos aéreos, terrestre o navales, de los abusos y atropellos de la infantería y las terribles hambrunas, éxodos y la pérdida de seres queridos. En este panorama, es la figura de los niños, de aquellos que todavía no están en edad de empuñar las armas (al menos, en lo esperable teóricamente) los que sufren más ignominiosamente tal afrenta contra la humanidad toda.

Si la infancia es uno de los grupos etéreos más perjudicados por la violencia social que se impone desde regímenes injustos, también representa al grupo más seriamente afectado -física y psicológicamente- por la incongruente política en que se presentan las relaciones sociales internacionales y hasta en la propia nación. El comercio de la guerra, uno de los más lucrativos para los fabricantes y traficantes de armamentos, como así también para los *lavadores de dinero*, han dado lugar a esas imágenes tenebrosas presentadas sin desparpajo alguno por la televisión, siempre en el momento justo para tomar lo más deleznable, de niños o púberes empuñando ametralladoras, en episodios tales como lo que se conoce bajo el nombre de *intifada* palestina contra los israelíes; de los niños y niñas sometidos a vejámenes durante la lucha contra el *apartheid* sudafricano -cosa que se repitió en Bosnia-; los pequeños combatientes en El Salvador, o Sudán, o Colombia; y en el propio Brasil, lugar donde se han instalado las luchas fratricidas *de los sin tierra* contra la oligarquía vacuna que se niega a dejar que millones de personas puedan comer de lo que ellos producen en sus territorios ocupados por los terratenientes.

Respecto a la victimización de niños/as en conflictos bélicos, se sabe que durante la Primera Gran Guerra (1914-1918) solamente el 5% de las víctimas producidas por dicha conflagración fueron civiles, aunque también debe tenerse presente que la mayoría de los componentes de ése 5% -que numéricamente parece ínfimo- fueron mujeres y niños. Pero las cifras alcanzan valores catastróficos cuando se considera que durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) las víctimas de esta categoría ascendieron al 50% del total y, en las conflagraciones posteriores, que se calculan en unas 160 hasta finales de 1990, la población civil sufrió el 90% de las víctimas fatales. Estos números demuestran al menos dos cosas:

---

<sup>3</sup> Con la primera aceptación se deshumanizan los efectos de las guerras al nivel de la metáfora, ya que se consideran a los muertos y heridos como cifras de un cuaderno de contabilidad.

- a) Que los militares han aprendido a protegerse de sus propios armamentos.
- b) Que el blanco predilecto de los asesinos con patente y autorización para cometer crímenes ha sido puesto en los sectores poblaciones más indefensas.

Para seguir con las cifras -desconsideradas cifras, pero que resultan ilustrativas a los fines analíticos que vengo presentando- vale notar que durante la última década han muerto más de un millón y medio de menores de 15 años y una cifra cercana a triplicar a la anterior es la de menores que han quedado físicamente impedidos o con sus capacidades físicas disminuidas<sup>4</sup>. Acerca del daño psicológico sufrido por estos 4 millones de inválidos -como así también de todos aquellos que sufrieron los horrores de la guerra, pero que tuvieron la suerte de no sufrir discapacidad física visible (Rodríguez Kauth 1989)- no se tienen datos ya que normalmente los psicólogos no se preocupan ni ocupan por estas víctimas, prefieren quedarse cómodamente atendiendo en el diván de su consultorio particular y no acercarse a las “zonas calientes”, como lo hacen, por ejemplo, los miembros de la Organización Internacional de Médicos sin Fronteras.

Los menores no han permanecido ajenos a las demandas de “material” humano para el combate. Durante el decenio 1987-1997 fueron reclutados para el combate alrededor de 10 millones de niños, de entre 8 y 15 años, en los 26 conflictos bélicos que se desarrollaron en diversas partes del mundo. El número de muertos de dicha población -entre reclutados y no reclutados- fue de 2 millones, mientras que más del 60% de los sobrevivientes sufrieron heridas invalidantes para el resto de sus días y, como si esto fuera poco, existen alrededor de once millones de menores que han sufrido el desarraigo familiar, deambulando como parias del destino por un *mundo* que les es *ancho y ajeno*, pero bajo manto “protector” que les ofrece su condición de *refugiados*.

A partir de la frialdad que aportan los datos, es preciso advertir que no es casualidad que en la actualidad mueran más niños y mujeres que en otras épocas durante situaciones de guerra. Aunque parezca ridículo, vale la pena señalar que antiguamente -hasta no hace más de 70 años- la guerra era un ejercicio “noble”, donde se enfrentaban los contendientes y se procuraba indemnizar a los que no estaban explícitamente implicados en el episodio en cuestión. Los que guerreaban sabían que ellos también tenían mujeres -madres o esposas- e hijos a los que les podía pasar algo semejante a lo que ellos hicieran con los de sus enemigos: entonces, se evitaba herir o matar a cualquier de estas dos categorías de personas. En la actualidad, la crueldad ha tomado rasgos inverosímiles (Rodríguez Kauth 1987), ya que ha entrado en juego el cálculo económico del valor de matar mujeres y niños. Durante la guerra entre Serbios y Bosnios, en la década de los noventa, los combatientes serbios -y los Bosnios también-

---

<sup>4</sup> Un cálculo nada alentador de la UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) señala que cada dos víctimas fatales en las actuales “guerras de baja intensidad” o conflictos internacionales o intraétnicos, una de ellas es un menor de edad.

tenían fijada una suma de dinero como recompensa por cada muerto que producía un francotirador. Lo contable de esto es que la cifra se multiplica por dos cuando la víctima era una mujer y la multiplicación llegaba a cinco cuando la víctima era un niño. El razonamiento utilizado era simple y en la lógica mercantilista: si se mata a una mujer se está matando un vientre que puede engendrar futuros combatientes enemigos y, al matar un niño, se evita que crezca y se convierta en soldado. Todo esto se reúne alrededor de un solo argumento, cual es el de desmoralizar al enemigo, provocar su caída anímica por la pérdida de un ser querido. Uno de los objetivos centrales de los combates modernos es el de la destrucción de la sociedad civil, todo lo cual sirve para el objetivo señalado anteriormente.

Y, muchas veces los niños, en los espacios donde se hace la guerra de los adultos, no mueren ni sufren amputaciones por otra cosa que no sea su propia curiosidad y el afán de jugar con cualquier cosa que encuentren como novedosa. Los adultos hemos tenido la virtud y la sagacidad de inventar "minas explosivas" llamadas *antipersonales*. Las mismas tienen por objeto provocar heridos en el campo de batalla que ocupen la atención de otro combatiente, con lo cual, merced a un elemental cálculo matemático, se logra que por un enemigo fuera de combate quede otro de la misma forma, ya que éste último tendrá que atender al herido.

Pero las minas antipersonales tienen la extraña característica, en contraposición de las minas antitanque, de correrse del lugar donde fueron sembradas, justamente con los resúmenes que arrastra el agua de lluvia. Por lo cual se hace sumamente dificultoso conocer cuáles han sido los campos minados y proceder a su desmantelamiento. Asimismo, dichas armas están construidas básicamente de material plástico, con lo cual se hace dificultosa aún la tarea de su detección. Resultado final de esta mezcolanza macabra de ciencia, tecnología y estupidez humana: gente que pisa o toca descuidadamente estos "aparatos del terror". Y, la mayoría de los que cometen tamaños descuidos son niños/as, los que se encuentran en el suelo y los mueven con los pies o manipulan. Si las pisan pueden perder uno o los dos miembros inferiores, si las toman con las manos, seguramente perderán los dos miembros superiores además de sufrir serias lesiones en el rostro y el tronco del cuerpo. Según el Informe Anual de la UNICEF (1994), centenares de miles de menores habrían quedado mutilados como consecuencia de la utilización de esta argucia de la tecnología moderna.

Sobre el tema de las minas y los niños/as reclutados para la guerra, debe recordarse que durante la prolongada guerra islámica entre Irak e Irán (1980-1988), los menores eran sacados de las escuelas y enviadas en misiones "santas" a rastrear campos supuestamente minados y, al margen de lo aberrante de dicha "estrategia militar religiosa", cabe resaltar cuán hipócrita (Rodríguez Kauth 1994-1995) pueden ser las estrategias militares, ya que los niños *del cadalso* llevan consigo un breviario islámico que -en caso de morir en la riesgosa misión- el paraíso les abriría sus puertas de par en par para que entraran gloriosos al mismo. Y esta metodología perversa la usaban tanto las tropas iraníes como las iraquíes.

Pero no todos son riesgos físicos, ya algo he señalado acerca de los peligros síquicos que implica el vivir y criarse en un campo bélico. Mayormente,

no hay información fidedigna acerca de lo que resulta de esa situación. Solamente es posible trabajar con hipótesis -o, quizás, sea mejor expresado, con corazonadas-, a partir de las inferencias que se pueden realizar de la situación que vive la niñez sometida al desgarramiento de la pérdida de familiares, de amigos, del desarraigo, de la visión lujuriosa de la muerte presentada "en vivo y en directo" -y muchas más veces de lo que se cree, teniéndolos como protagonistas activos del *crimen de la guerra*- y del uso frecuente -e innecesario y abusivo- de las armas de fuego. El reclutamiento de niños para hacer la guerra es posiblemente uno de los hechos que dejen más severas marcas en sus protagonistas, quizás esta afirmación surja debido a que es la que deja una marca indeleble que es posible encontrarla -más adelante en el tiempo- en los ámbitos carcelarios.

El reclutamiento infantil no es un episodio novedoso u original de nuestra época. Los grumetes formaron parte de las tripulaciones de los barcos de guerra y se sabe que los que tocaban el tambor en los campos de batalla eran niños que acompañaban a las tropas. Incluso, el nombre que se les da a las fuerzas de ocupación o que sirven de apoyo en la milicia de línea -la *infantería*- tiene la misma raíz -*infant*- en español, inglés, alemán, italiano y portugués; lo que permite suponer -sin mayor aventurerismo intelectual- que originariamente se trataba de *infantes*, aunque esta locura choca con el techo de que se consideraba *infante* a quien no había cumplido los 7 años.

Pero, antiguamente los niños se incorporan a los ejércitos como acompañantes de mayores enlistados a causa de su orfandad. Esos pequeños no eran capaces de utilizar las pesadas armas de entonces y solamente servían para tareas logísticas, como ayudar a cocinar, cuidar de las caballerías, limpiar, y algún otro menester secundario; todo esto permaneció siempre tras la línea de combate, en la no siempre segura retaguardia.

En la actualidad, muchos niños optan por sumarse a las tropas por razones semejantes a las anteriores, quizás hoy su presencia entre los combatientes les garantice un plato de saludable comida, pero la extrema diferencia estriba en que los niños hoy son usados como combatientes. Un fusil liviano puede manejarlo perfectamente una persona de 35 kilos de peso y para eso no se necesita ser adulto. Para los niños es como un "juego" armar y desarmar un fusil liviano o de asalto, cosa para la cual necesita muy poco entrenamiento por parte de los expertos. Además, debe considerarse que un niño tiene más capacidad de movimiento y de escabullirse que un adulto, solamente teniendo en consideración la diferencia de tamaño entre uno y otro. Es por eso que se los suele utilizar en la tarea de francotiradores.

Pero hay otra razón para utilizar niños en combate y es la de su fragilidad -o madurez- psicológica. Por esta condición evolutiva tan particular, los niños suelen ser "soldados" dóciles, a los cuales resulta fácil de intimidar por parte de sus superiores. A diferencia de los mayores, no plantean reparos de conciencia ante órdenes que implican cometer una atrocidad, precisamente por aquello de que aún no tienen plenamente formada y desarrollada la conciencia moral autónoma.

Por aquella misma capacidad de escabullirse y de pasar inadvertidos para el enemigo, es que es muy difícil para los organismos internacionales co-

nocer el número de niños “soldados” que existen. Durante los años que van de 1977 a 1997, se pudo comprobar que hubo niños enrolados en más de 20 conflictos bélicos. La mayor parte de las veces lo fueron en lo que eufemísticamente se conoce como tropas “insurgentes”<sup>5</sup>, aunque esto no signifique que no se ha comprobado su presencia en las filas de tropas regulares, como ha sido el caso para nuestra América Hispánica, de los de El Salvador, Guatemala y Colombia. El resto de los casos tuvieron lugar, se dice, en espacios “salvajes” y no civilizados, como Africa y Asia, olvidándonos los occidentales que Hitler recurrió al uso de niños cuando ya no tenía tropas para llevar al frente. Asimismo, cabe recordar, que el propio Stalin no se quedó atrás en llevar adelante semejante desatino. En nuestro cercano Perú, los niños se enrolaban en las filas de Sendero Luminoso -a principios de los '90- porque eso les permitía cobrar el sueldo mensual que ni soñando lo lograban en su trabajo común. El riesgo de trabajo tan especial, como era poner o trasladar bombas, era perder la vida -la cual no era muy valorada debido a que sus expectativas de tránsito por el mundo se hallan limitadas por una pobreza extrema- pero si esto ocurría, dejaban asegurada su paupérrima familia a la cual la “Organización” les compraba una vivienda y les pagaba una suerte de “lucro cesante” por la pérdida del hijo, generalmente el mayor; el cual no tenía más de 16 ó 17 años, según pude obtener de un testimonio directo -anónimo, como es obvio- al respecto.

Que nadie se llame a engaño, la vida de “aventuras” que se vive como combatiente tiene un *savior faire* que pocos queremos reconocer como atraentes. Niños hambreados, sin la calidez de un techo que los cobije, muchos de ellos huérfanos, asustados por el panorama que los rodea, lo que implica un estado de constante frustración desde que viven bajo un clima bélico, son personajes sensibles a subirse al carro de esta vida aventurera que les propone un objeto en la vida. Aunque más no sea un objetivo perverso, como es el matar, pero objetivo al fin y al cabo que se asume como importante cuando no se tienen otros fines mejor ubicados en una tabla axiológica, generalmente desaparecida por que ya no están -fruto de un abracadabra mágico- todas aquellas cosas que los contenían y que ya no los contienen más. Familia, escuela, religión, moral cívica, etc., ahora son palabras “de buena crianza”, huecas, han perdido su valor y estos pequeños ya no encuentran un continente que les sirva para contener sus desbordes emocionales.

Por otra parte, no hay que olvidar, dentro de estas situaciones de hambruna que provoca la guerra, que en variadas oportunidades son los propios progenitores los que enrolan a sus hijos en una fuerza de combate, con el solo objetivo de asegurarles una comida diaria y tenerlos cerca suyo. Durante la guerra civil de Liberia, la Cruz Roja Internacional encontró, en 1990, que había menores de 7 años combatiendo por la causa recién indicada. Si bien se puede argüir que se trata de una actitud paterna deleznable, sin embargo, no es un argumento desechable y que no deba tenerse en cuenta a la hora de explicar estos episodios que -normalmente- están alejados de la vida diaria de quienes tienen tiempo de leer este tipo de comentarios.

---

<sup>5</sup> La cual es una categoría analíticamente un tanto torpe ya que el insurgente combate y lucha -las más de las veces- contra tropas “legales” que lo superan en calidad y cantidad.

En un estudio de la UNICEF, en 1993, durante el cual se entrevistaron a 1500 *niños de la guerra*, se encontró que el 91% de ellos tenían severos trastornos gastrointestinales debidos -según los investigadores- a la condición de estrés permanente en que estaban viviendo. Asimismo, el 79% de ellos sufren de pesadillas constantes y tienen el sueño alterado, además de mostrar un síntoma depresivo notable como es el de llorar -o tener ganas de llorar- con suma frecuencia. Fenómenos semejantes fueron también hallados en los estudios que realizara A. Freud (1965) durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

Otro hecho que impacta severamente a los menores -como así también a los adultos- es el de la violación sexual por parte de las tropas enemigas<sup>6</sup>. J. Petras y T. Wongchaisuan (1993) señalan textualmente que: *“La industria sexual se desarrolló durante la guerra de Indochina, justo con las bases militares norteamericanas, y se expandió rápidamente tras el Tratado firmado en 1967, por el que se permitió a los soldados norteamericanos de Vietnam ir de “descanso y recreo” a Tailandia”*. Dichos autores agregan que aproximadamente el 10% del crecimiento en el Producto Bruto Interno de Tailandia gira alrededor de la actividad sexual de prostitutas adultas y menores; lo cual traerá aparejados enormes costos -que no enjuagados con aquel 10%- en consecuencias sanitarias y sociales (drogadicción, criminalidad, violencia familiar, etc.), además de lo que puede ser incluido en el capítulo de la degradación humana.

Sin ir tan lejos como a la extraña Indochina, en “nuestra” América, este autor puede dar testimonio de que en la Ciudad de Panamá, luego de la intervención de las tropas norteamericanas a dicho país soberano con el fin de destituir y capturar al Presidente M. Noriega -durante la Navidad de 1989-, le era ofrecida en comercio sexual una niña de diez años por 50 dólares, el precio rebajó a 20 y el “propietario” de la misma -que era su hermano- terminó rebajado la “oferta” a 10 dólares, o lo que se le quisiera dar para poder comprar algo de comida. El “pobre” hombre me confundió con un “gringo” y creyó que yo podía ser un buen comprador de su mercadería. Eso sí, por aquel entonces en que estuve trabajando en Panamá (1992) las orgullosas y victoriosas tropas de los *marines* patrullaban las calles de la ciudad ¡para evitar actos delictivos!. Sobre las consecuencias psicológicas y psicosociales de la prostitución infantil -tanto mujeres como varones-, como así también de la violencia sexual que se ejerce sobre ellos, ya me he referido en otro lugar y que es sobre lo cual se habla en el párrafo siguiente.

Y en esto de las violaciones y violencias sexuales con menores de territorios ocupados, no solamente tienen que ver las fuerzas “enemigas”: también las “amigas” tienen su responsabilidad *“...debe agregar otra denuncia de la UNICEF acerca de la participación de Fuerzas de Paz -de las Naciones Unidas- en territorios ocupados para su pacificación. en el hecho de corrupción de menores y en el intenso incremento de la prostitución -tanto femenina como masculina- al paso de la tan majestuosa fuerza “pacificadora”, la cual acude a un lugar de conflictos políticos internos para poner orden (entendido a su manera) dentro del desorden general imperante”* (Rodríguez Kauth, 1998b). In-

---

<sup>6</sup> Y en algunos casos también de las “amigas”.

cluso, cabe señalar que la propia Organización de las Naciones Unidas reconocía, para 1993, que una quinta parte de sus "cascos azules" habían contraído enfermedades venéreas, como así también ocurría lo propio con 6.000 funcionarios extranjeros en el territorio ocupado de Camboya. Y cuando se habla de enfermedades venéreas, también se está incluyendo el flagelo de esta finisecularidad: el SIDA.

Los niños que transitan por estas dolorosas experiencias han sido definidos, según un informe realizado por la Universidad de Harvard en 1991, luego de la "heroica" Guerra de Golfo Pérsico, como niños y niñas que carecen de *alegría* y en los cuales se observa que todos *sus sentimientos han sido erradicados*. Estos dos síntomas -unidos a los mencionados anteriormente- hacen que se esté frente a un síndrome peligroso para la vida síquica y la realidad psicosocial en que estos niños -si es que sobreviven- deberán insertarse cuando sean adultos.

Estos niños/as sobrevivientes son víctimas de una realidad injusta, que a su vez los convierte en futuros victimarios de aquellos que los victimizaron. Los vínculos de estas criaturas están destruidos, tanto en lo psicológico como en lo social. Sus familias ya no existen, ya no están fraccionadas o facturadas. Su vinculación con el mundo es a través del odio que puede engendrarse a partir de las vidas que he venido describiendo. El uso habitual de armas de fuego, o la habituación a compartir cerca de ellas, provocan que las mismas sean el medio óptimo - y que mejor saber manejarlas- de que disponen para lograr sus fines, para satisfacer sus frustraciones bajo la forma de venganza, expresión ésta de agresión violenta contra los otros.

En síntesis, los síntomas psicopatológicos más comunes que se desprenden de la observación de niños/as que han vivido bajo presión de conflictos bélicos directamente son depresión, psicosis, desesperanza, neurosis y pérdida de la memoria. Todos estos son trastornos psicológicos de los que viven también en los ambientes más pacíficos que se puedan imaginar. La diferencia entre ambas situaciones y que hacen que se llame la atención acerca de ellas, es que para los sobrevivientes de tales condiciones, tales cuadros psicopatológicos se multiplican, varias veces, con respecto a las situaciones de vida bajo situaciones de no-guerra.

Y esto es lo que los adultos debemos evitar, luchando -valga la expresión metafórica- con nuestros argumentos -que sin duda son fuertes- para evitar más conflagraciones internacionales y que, en aquellas que se desaten dentro de los propios Estados, las mismas tiendan a proteger a, por lo menos, los menores de edad.

## Referencias

Alberdi, J. B. (1870). *El crimen de la guerra*. Buenos Aires: W. M. Jackson Inc.

Ardila, R. (1986). *El impacto Psicológico de la Guerra Nuclear*. Bogotá: Catálogo Científico.

- Freud, A. y Burlingham, D. (1995). *La Guerra y los niños*. Bs. Aires: Paidós.
- Fukuyama, F. (1990) *¿El fin de la historia?. Babel, N° 14*.
- Max-Neef, M. (1991). Follines of Humankind. *En: Resurgence, N° 145*.
- Montero, M. y otros (1987). *Psicología Política Latinoamericana*, Caracas: Panapo
- Petras, J. y Wongchaisuman, T. (1993) Tailandia: libre mercado, sida y prostitución. *Cuadernos África América Latina. N° 11*.
- Piaget, J. (1965). *El juicio moral en el niño*. México, D.F.: Fondo y Cultura Económica.
- Picnda, G. y Guerra, B. R. (1997). *Cómo los niños ven su mundo*. Managua: Red Barna.
- Rodríguez Kauth, A. (1987). *La Psicología Latinoamericana ante la Guerra Nuclear o la lucha por la Paz*. En: Montero.
- Rodríguez Kauth, A. (1989). *Los psicólogos y el derecho de los humanos a la paz. Políticas Internacional*. (Belgrado), N° 941.
- Rodríguez Kauth, A. (1993). *Psicología de la Hipocresía*. Bs. Aires. Ed. Almagesto.
- Rodríguez Kauth, A. (1995). Chechenia y la Hipocresía Mundial. *Iniciativa Socialista*. Año VII, N° 33
- Rodríguez Kauth, A. (1997a). *Lecturas y Estudios de Psicología Social Crítica*. Bucnos Aires: Espacio Editorial.
- Rodríguez Kauth, A. (1997b). *De la realidad en que vivimos... y otras cosas*. San Luis: Ed. Universitaria.
- Rodríguez Kauth, A. (1998a). El uso perverso de las políticas para con los pobres. *Iniciativa socialista, N° 48*.
- Rodríguez Kauth, A. (1998b). Lectura Psicológica de la Prostitución Infantil. *Psicóloga Contemporánea. Vol. 5. N° 2*.
- Summerfield, D. (1991). The psychosocial effects of conflict in the Third World. *Development in Practice. Vol. 1. N°3*.